



TUCUMÁN

EL GUARDIÁN

ADRIANA GUADALUPE LUCERO

Tucumán
con todas las letras

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación de la Nación

Prof. Alberto Sileoni

Secretaría de Educación de la Nación

Prof. María Inés Abrile de Vollmer

**Directora del Plan Nacional de Lectura**

Margarita Eggers Lan

Coordinadora Región 5 (NOA)

Adriana del Vitto

adelvitto2005@yahoo.com.ar

Gobernador de la Prov. de Tucumán

CPN José Jorge Alperovich

Ministra de Educación

Lic. Silvia Rojkés de Temkin

Secretaria de Estado de Gestión Educativa

Prof. María Silvia Ojeda

Directora de Asistencia Técnico Pedagógica

Prof. Graciela Beatriz Aldonate

“El guardián”, de Adriana Guadalupe Lucero

© Adriana Guadalupe Lucero

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2011

Colección: Tucumán con todas las letras

Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2011

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

EL GUARDIÁN

ADRIANA GUADALUPE LUCERO

Escuché muchas veces la misma historia. Puedo decir que absolutamente todas las versiones están erradas. Hay falsedad y ficción en ellas. Y la verdad es que para mí resulta bastante denigrante tener que soportar tantas mentiras cuando yo sé, a ciencia cierta, cómo aconteció todo. Por eso hoy me siento portavoz de la memoria de mi familia y de sus deseos de reivindicar nuestro apellido, tan ilustre en otro tiempo. Como los grandes poetas de otras épocas lo hacían con sus musas, yo invoco a mis ancestros para que me permitan relatar la verdad y coloquen en mi puño las palabras justas y necesarias para hacerme entender a través de esta escritura.

Antes de adentrarme en el tema en cuestión, permítaseme una ligera reflexión. Nuestra tierra siempre sobresalió por su riqueza, y no me refiero solamente al aspecto monetario. Ciertamente es que nunca mi familia pasó hambre, sino todo lo contrario. Lujos, comodidades, buenos y destacados colegios privados, los mejores profesores, los mejores trajes, los más renombrados doctores del medio dispuestos a atender cualquiera de nuestras necesidades. En definitiva, un buen pasar, como solían decir antes. Pero al emplear el término riqueza quiero referirme a la gran cantidad de recursos de nuestra región, como el desarrollo de los cultivos subtropicales (la caña de azúcar, el tabaco), las actividades industriales, los innumerables ingenios, la belleza de los cerros (tan admirados y debo decir, envidiados, por los extranjeros) y muchos otros aspectos que contribuyen a esa riqueza de la que estoy hablando. Mi querido Tucumán siempre fue “el jardín de la república”, “la tierra de la eterna primavera” y a pesar de sus muchos problemas, aún hoy continúa siéndolo en el corazón de sus habitantes. De eso estoy seguro.

En el tiempo de mis bisabuelos e incluso, me atrevo a decir, de mis abuelos (ya les explicaré porqué), Tucumán fue una provincia destacada culturalmente. Grandes artistas e intelectuales poblaban los cafés, las bibliotecas; se creaban escuelas y en ellas enseñaban los más notables profesionales. Nos visitaban constantemente figuras destacadas del exterior y se complacían en nombrar en sus escritos las bondades del Tucumán.

Paul Groussac, Lola Mora, Juan B. Terán, por mencionar algunos nombres, son quienes enriquecían culturalmente nuestra tierra y la hacían digna de los más notables elogios.

No piensen, por favor, que me desvié del tema con esta pequeña digresión. Intento explicarme y para ello creo que valen la pena todos los datos que pueda aportar. Resaltar las virtudes de la provincia me sirve para situar a mi familia en ese contexto preciso que nos benefició mucho.

Hace unos instantes adelanté algo sobre mis abuelos. Los situé en una época dorada para nuestro Tucumán. Seguramente muchos estarán pensando que me equivoqué porque mis abuelos no pueden haber vivido en ese pasado, ya tan remoto. Pero estoy en lo correcto y completamente en mis cabales. Nosotros, la renombrada familia Ilde-ré, tenemos una historia bastante particular y, se podría decir, fuera de serie. No será fácil entender esto que estoy por revelar, tampoco para mí es fácil de explicar. Sólo diré y pediré a aquel que lea estas palabras, que crea en lo que está escrito, sin buscar segundas intenciones, confiando en mi verdad por más extraña que parezca.

Soy un hombre de muchos años, más de los que cualquiera pudiera imaginar. He presenciado muchas cosas, conocí infinidad de personas y de lugares. Vi el esplendor y el ocaso de mi querida familia. Sin embargo, cargo con una herencia demasiado pesada y estoy pagando por una culpa anterior a mí, por un pecado terrible que forma parte de mi linaje prestigioso. Nadie sabe realmente mi edad y es mucho mejor así. No pertenezco a este siglo, pero a pesar de eso mi aspecto continúa siendo el mismo de mi juventud. No envejezco más y no puedo morir. Estoy destinado a vagar por el mundo eternamente, sin familia, sin amigos, y sobre todo sin deseos de vivir, pero condenado a una existencia sin fin. Todo esto es por culpa de mi padre y aquí narraré su horrorosa historia.

Palmiro Ilderé era hace mucho tiempo el acaudalado dueño de uno de los ingenios más importantes de la provincia, ubicado en Santana, localidad cercana a Aguilares, al sur de nuestro Tucumán. En esa época los ingenios tenían una importancia fundamental en la economía y constituían una inagotable fuente de ingresos. Mi padre era muy hábil para generar riqueza, pero así también lo era en la explotación de sus trabajadores. Era una persona sumamente ambiciosa, en el peor sentido de la palabra. La ambición resulta buena y hasta necesaria en algunas cosas pero en cierta medida. Cuando se transforma en un motor que dirige y moviliza cualquier acción del ser humano, o en un vicio que lo convierte en esclavo del dinero, en una persona fría y despiadada, solo atenta a sus intereses y necesidades personales, entonces pienso que es cuando la ambición resulta perjudicial. Así era mi padre. El afán de dinero lo tenía perdido y nada más le interesaba, incluida su propia familia. Los que lo rodeábamos nos veíamos obligados a soportar sus malos tratos, sus desprecios y las continuas represalias que acarreaban sus acciones... Él fue el único culpable de todo lo sucedido, quiero dejar bien en claro eso. Durante años se condenó a toda la familia por sus propios pecados; mis abuelos, mi querida madre, fueron víctimas de la profunda ambición de Palmiro Ilderé, al igual que yo.

Mi padre, a pesar de todo el poder y las riquezas que poseía, no se sentía satisfecho. Ansiaba mucho más y nada podía pararlo o hacerlo desistir de sus oscuros propósitos. Era agresivo con todos, maltrataba abiertamente a sus empleados, rebajados al nivel de esclavos, pasaba por encima de las leyes, no conocía códigos ni valores; el que no cumplía con su voluntad, pagaba caro las consecuencias. Recuerdo que mamá, desolada y triste, siempre trataba de ablandarlo con dulces palabras, con su infinita paciencia y dulzura natural, pero nada producía la más mínima impresión en Palmiro, duro e insensible, incapaz de amar. Nunca entendí cómo una mujer tan noble y virtuosa como ella había ido a parar en las manos de un ser tan despiadado, pero creo que mi madre fue uno más de los caprichos de él, quien no paró hasta conseguirla.

Cierto día, nefasto, aterrador, y que permanece tan claro en mis recuerdos, llegué a casa, luego de pasar un divertido fin de semana en San Javier en compañía de mi madre y unos cuantos amigos. Por

supuesto, mi padre no nos había acompañado. Jamás descuidaba sus obligaciones por nada ni por nadie, ni siquiera por su propia familia. Ante todo, el trabajo, ese era su lema máspreciado. Todavía con la euforia a flor de piel por los días pasados y los impulsos propios de un niño de nueve años, entré corriendo a casa buscando a mi padre. Pero algo horrible cortó mi entusiasmo y me detuvo: un perro de enormes proporciones, negro como la noche, con colmillos filosos y ojos que parecían llamas de fuego, velaba la puerta del despacho de papá, en actitud de guardia. Nunca olvidaré a ese horrendo animal porque al instante de verlo supe que no pertenecía a este mundo. Mi piel todavía hoy se eriza al recordarlo y no puedo borrar sus diabólicos ojos de mi mente. Vi en ellos las llamas mismas del infierno, el mal en toda su plenitud y sentí que ya no habría paz para nosotros desde ese momento. Y así fue.

Luego de mi entrada, llegó mamá y también manifestó temor y desconcierto al ver al perro. Se puso mortalmente pálida y solo atinó a tomar mi mano, en señal de protección. No podíamos movernos, ni tampoco hablar. Parecía que ese animal ejercía algún raro poder sobre nosotros. Nos encontrábamos completamente aterrorizados, presas de un miedo insólito y desmesurado.

No tengo idea de cuánto tiempo estuvimos paralizados frente a la criatura, hechizados por sus ojos llameantes pero implorando a Dios que nos hiciera dejar de mirarlos.

Volvimos a la realidad ante la voz de mi padre. Llamó al animal con un tono desconocido para nosotros, dulce, sumiso y, hasta podría decir, temeroso. El perro corrió su mirada de nosotros y se retiró. Papá abrió la puerta de su despacho, nos observó, paralizados frente a él y lo único que hizo fue lanzarnos una sonrisa burlona, llena de maldad y desprecio. Eso fue todo, ni siquiera una palabra, un saludo de bienvenida. Sentí que la mano de mamá me apretaba fuertemente y vi una lágrima rodar por sus pálidas mejillas.

Palmiro se negó a brindarnos información sobre el extraño animal. Cerró la puerta y volvió a sumirse en su extraño mundo. Ni mamá, ni yo hablamos, no teníamos fuerzas suficientes.

Desde ese día todo cambió abruptamente. En la casa se respiraba

un clima insostenible. Mamá lloraba por los rincones, yo me negaba a comer y no podía dormir bien, ya que me atormentaban las pesadillas y durante el día estaba tan debilitado que no tenía fuerzas para nada. Papá nos odiaba más que nunca, se burlaba del llanto de mi madre y renegaba del castigo de tener un hijo tan frágil e inservible como yo. Paralelamente a este odio, ostentosa, nuestra riqueza aumentaba. El ingenio alcanzó niveles increíbles y papá se convirtió en un hombre aún más poderoso. Incursionó en el ámbito de la política, realizó inversiones, compró haciendas, campos, animales, abrió nuevos ingenios y hasta, me atrevo a decir, que se compró una nueva familia. Mamá siempre lo supo y yo también, pero creo que nunca pudo mencionárselo o reprocharle a Palmiro, ya que él hacía siempre su voluntad y nadie podía interferir en sus propósitos.

No volvimos a ver al extraño animal. Mientras nuestra riqueza iba en desmesurado aumento, comenzaron también a invadirnos las desgracias. Mamá enfermó gravemente y nada podían hacer por ella los doctores; a pesar de todo nuestro poderío no podían detectar su enfermedad. Nunca se supo qué la aquejó pero yo tengo al respecto mis propias hipótesis bien fundadas.

Palmiro no mostró el mínimo interés por la salud de mamá. Mis abuelos se encargaron de ella y yo estuve a su lado hasta su último suspiro, que no tardó en llegar. Me quedé sin madre en un corto tiempo y mi padre ni siquiera lloró su pérdida. Entonces fue cuando comencé a odiarlo con todas mis fuerzas y me juré que, en el día de su muerte, mi rostro triunfante sería la última imagen que quedaría en sus retinas.

La desgracia también tocó a los trabajadores del ingenio. Comenzaron a desaparecer misteriosamente para ser encontrados, luego de varios días, muertos de la peor manera; aparecían completamente despedazados, descuartizados sus miembros por algún ser de increíble fuerza... Nadie dijo nada sobre el tema. La justicia no intervino porque papá era demasiado poderoso. Las familias de los trabajadores jamás recibieron respuestas y no fueron escuchados sus reclamos. Nunca supieron lo que ocurrió. Todo quedó oculto y enterrado en el ingenio. Palmiro salió de todo este asunto con las manos limpias. Comenzaron a circular historias sobre un enorme perro negro con

ojos de fuego que atemorizaba a los trabajadores del ingenio por las noches... ¿Eran solo historias? Puedo afirmar que no. Ese perro andaba cerca, muy cerca de mi familia.

A la terrible muerte de mi madre les siguieron las de mis queridos abuelos. Veía la desilusión en sus marchitos rostros cada vez que me preguntaban por papá. Les dolía en el alma la indiferencia y el maltrato de ese hijo suyo tan deshumanizado y yo no podía consolarlos, porque también había experimentado ese dolor. Partieron de este mundo y yo les cerré los ojos. Palmiro no dejó sus obligaciones por ellos y tampoco pareció afectado en lo más mínimo. Eso fue suficiente para mí. Era más de lo que podía soportar.

Decidí abandonar el solitario y desgraciado hogar. No tenía a nadie en el mundo que se preocupara por mí y no había nada que me atase a esa vida tan llena de lujos y comodidades pero carente de amor. Así, dejé mi pasado y emprendí mi propio camino. Pasé hambre, frío, desilusión tras desilusión. Pero finalmente pude establecerme sin ayuda de mi ilustre apellido. Conseguí trabajo, formé una familia; sin embargo, nunca arranqué de mi corazón el odio hacia aquel ser sin alma que me engendró.

Cierto día volví a mi tierra natal y me encontré con la noticia de que mi padre estaba seriamente enfermo y que ya no le quedaba mucho tiempo. No voy a mentir y decir que me entristeció. No seré hipócrita, por más crudo que parezca. Sentí regocijo al enterarme de la pronta muerte de Palmiro, sentí alegría, sentí triunfo, sentí justicia y sentí que mi momento de gloria había llegado. Sin perder tiempo, me dirigí a mi antiguo hogar. Al ver las paredes que fueron mi resguardo en la infancia, me invadió un dejo de nostalgia, sobre todo al recordar a mi amada madre y a mis abuelos. Pero no dejé que esos recuerdos me debilitaran. Frente a Palmiro debía mostrarme despiadado, duro, tal cual había actuado él. Subí las escaleras y llegué a su habitación. Me extrañó que no hubiese ni un sirviente en toda la casa; reinaba un silencio de muerte y se respiraba un olor fétido en el ambiente. Abrí la puerta de su cuarto y ya tenía dibujada en mi rostro una sonrisa burlesca dedicada para él, pero lo que vi me quitó todas las fuerzas y propósitos de venganza. A la par del lecho de Palmiro estaba ese horroroso

animal salido del mismo infierno; el motivo de mis pesadillas se encontraba allí, ¡¡¡cuidando a mi padre y siendo acariciado por él!!! Me estremezco todavía al recordarlo. Volví a experimentar las mismas sensaciones de aquel día en que lo vi por primera vez; me sentí presa de un súbito temor, inmóvil, hipnotizado por esos ojos caninos tan feroces. Mientras me encontraba en ese estado escuché la voz de papá, mejor dicho, la sentí en mi mente, espiando mis pensamientos y manipulando mi terror. Palmiro no movió los labios, puedo jurarlo. El animal le permitía comunicarse conmigo mentalmente y me dijo las siguientes palabras que recuerdo al pie de la letra: “Hijo mío, por fin volviste a ocupar el lugar que te corresponde en esta familia. Nunca olvides que eres un Ilderé y eso conlleva ciertas obligaciones. No puedes escapar a tu destino, formas parte de un linaje prestigioso que lo será hasta el fin de los tiempos. Tú eres el encargado de continuar este pacto que sellé con mi alma hace tantos años. Tu madre, tus abuelos, algunos trabajadores sin importancia, fueron el intercambio que se precisó para cumplir con lo pactado; unas vidas insignificantes para mí a cambio de la gloria, las riquezas, el éxito, el poder, la perduración de mi apellido en la posteridad y la vida eterna para ti, sangre de mi sangre... Fui duro contigo, lo sé, pero era la única manera de hacerte fuerte, frío y despiadado, como yo. El amor ablanda y baja las defensas, te hace débil y propenso al dolor, te transforma en un ser bajo, común, lleno de defectos y principios idiotas. En cambio, el odio, la ira, la indiferencia, te fortalece, te hace digno de las más altas acciones. Te convierte en el amo de todo, nunca lo olvides, hijo. No temas a este perro guardián, que fue mi vigía tantos años y ahora lo será para ti. Fue enviado desde lo más oscuro para hacer que se cumpla el pacto y no dejar que nadie interfiera. Estará contigo por los siglos de los siglos, recordándote tus obligaciones para con tu linaje. Sé bueno con él y él lo será contigo. Pero no te le enfrentes, porque entonces no tendrás paz y vendrá a buscarte para mostrarte las llamas del infierno. ¡Cumple mi voluntad, hijo mío, y serás poderoso eternamente!”. Dicho esto, sus ojos se cerraron para siempre y dejé de oír su voz en mi cabeza.

El efecto hipnótico de la bestia infernal desapareció. Pude moverme con libertad y recuperar mis facultades mentales. Esperé algún otro indicio de Palmiro, pero fue en vano. Ya había dejado este mundo.

El perro se me acercó y comprendí con total certeza que estaba esperando mis órdenes. Ahora yo era su amo y a su vez él era mi guardián. Me horrorizó pensar en ocupar el lugar de mi odiado padre y estar ligado a ese animal por toda la eternidad. Me negaba a aceptar tal macabro designio. Fue entonces cuando le grité con todas mis fuerzas, con toda mi alma, con todo el odio que había acumulado por tantos años. Le grité por mi madre, por mis abuelos, por los que habían sufrido injustamente: ¡NUNCA, JAMÁS VENDERÉ MI ALMA! ¡LO JURO, LO JURO!

Huí. Corrí lejos de esa bestia, de ese pasado y de ese pacto que no me pertenecían.

Y así fue como llegué al día de hoy, huyendo siempre. Después de tantos años vividos y tanto dolor. Perdí a mi familia, a mis amigos. Incluso perdí el miedo, pues ya no me importa lo que pueda pasar. Sé que obré bien, no me vendí y mi alma está tranquila. Conté esta historia para que no se piense más que toda mi familia formó parte del pacto. A excepción de Palmiro, mi familia fue buena y nada tiene que ver con toda esta atrocidad. Mi madre y mis abuelos tuvieron que pagar con su propia vida las equivocaciones del cruel Palmiro Ilderé.

Volví a cruzarme con esos ojos llameantes varias veces más, siempre por las noches. Lo vi esperando, aguardando atentamente. Dicen que todavía aparece en los ingenios y en los lugares alejados de la ciudad. Estoy seguro de que es así. Después de todo, si yo lo veo, otros también pueden hacerlo y pueden pactar con él, como lo hizo mi padre.

No me gustan los perros. Nunca me gustaron. Y si bien no tengo miedo, admito que me sobresalto cuando escucho un ladrido a lo lejos.

Al igual que la bestia, yo soy un guardián. Vigilo siempre y espero, aunque cada vez con menos paciencia. Sé que el tiempo está a mi disposición pero también recuerdo lo que Palmiro me advirtió que ocurriría si me enfrentaba al animal. Nos volveremos a cruzar en alguna esquina, en cualquier momento. Uno triunfará y seguramente no seré yo. Estoy condenado a la inmortalidad y a ser perseguido por el guardián del infierno hasta mi rendición o hasta el día en que se canse de ladrar y quiera llevarme con él.

ADRIANA GUADALUPE LUCERO

Nació en San Miguel de Tucumán en 1983. Cursó sus estudios primarios, secundarios y universitarios en la provincia. Es Profesora de Educación Musical, egresada del Instituto Superior de Música de la Universidad Nacional de Tucumán.

Obtuvo varios premios en concursos literarios como el Primer Premio en cuento en el V Concurso de Cuento y Poesía del Colegio de Escribanos de Tucumán (2000), la Primera Mención en Cuento en Concurso de Cuento y Poema ilustrado Leopoldo Lugones del Instituto John Kennedy (1999), el Segundo Premio en cuento en Concurso de Cuento y Poesía Oveja negra de F.M. Cooperativa Suburbios (2003); el Segundo Premio en cuento en Concurso de cuento y poesía” del Colegio de Escribanos de Tucumán (1998); Segundo Premio en Concurso de Cuento de la Escuela Normal Superior en Lenguas Vivas “Juan Bautista Alberdi” (1998).

Actualmente se encuentra realizando la tesis de la Licenciatura en Letras, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán.

El presente relato recibió el 4º Premio en la categoría Narrativa Cuento, en el Concurso Tucumán con todas las letras 2009, organizado por el Programa Tucumán en tiempo de lectura del Plan Nacional de Lectura.

Mail: odessaclaro@hotmail.com.



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



TUCUMÁN